

# Salud y Salvación.

## El acto médico y la fiesta cristiana

R. Pellitero

Profesor de Teología Pastoral. Universidad de Navarra

En este año los cristianos “celebramos” los 2000 años de la *salvación*. ¿Qué relación tiene esto con el trabajo del médico, de ese “profesional de la salud”? Querría responder a esta pregunta por medio de algunas reflexiones acerca de la fiesta (especialmente la fiesta cristiana). Ésta tiene, a su vez, una estrecha conexión con el trabajo.

Vivimos en una cultura del trabajo. El trabajo contribuye a la calidad de la vida humana. No sólo lo hace el trabajo del médico, sino el de todos. Pero el trabajo contribuye a la madurez del hombre que trabaja si está balanceado por el ocio. En sentido clásico el ocio no es la pereza, sino el tiempo y la actividad dirigida a encontrarse uno consigo mismo en el contexto del mundo (1). Sin ocio, decía Aristóteles, no hay trabajo humano. Sin el verdadero ocio, el hombre se convierte en máquina. Por eso es esencial aprender la madurez del ocio. Esto no quiere decir sólo aprender a descansar y divertirse, sino ante todo, como también decía Aristóteles, “el problema principal es saber con qué clase de actividad hay que llenar el ocio” (2).

### 1. La fiesta, ¿celebración o escape?

El punto central del verdadero ocio no consiste ni en dedicarse en el tiempo libre a actividades más relajantes o más humanas, ni abandonarse a la pereza del no hacer nada, sino, paradójicamente, la celebración de la *fiesta*...

¿Y cuál es el contenido sustancial de la fiesta? Según Pieper -cuyo estudio sigue siendo de referencia en este tema (3)- el contenido básico de la fiesta es la afirmación de la propia existencia como algo bueno. Esa celebración viene pedida por la conciencia de la libertad, de la salvación (del haber vencido los límites del mal que nos amenaza, del dolor, del pecado, y, en el fondo, de la muerte). Si puedo decir: soy libre, estoy salvado, entonces tiene sentido la fiesta. Si no, entonces esa fiesta es un escape y una mentira, un tapaagujeros, algo

que me aliena, que me hace ajeno a mí mismo, y que, precisamente por su capacidad de distraerme de mi núcleo vital, contribuye aún más a mis males.

El carácter de la fiesta, que se basa en la alegría del que tiene los motivos más auténticos para celebrarla, se pone de relieve en la *liturgia cristiana*. La liturgia supone la salida del orden establecido por el trabajo cotidiano. “El culto tiene, con respecto al tiempo, un sentido semejante al que tiene el templo con relación al espacio” (4): nos hace “entrar” en la cuenta de que nuestra vida no puede vivirse sólo en la “griseidad” de un mundo cerrado en sí mismo, sin el horizonte del “más allá”, de la transcendencia, de una vida sin límites, sin preocupaciones, sin dolor y sin muerte.

El hombre no puede vivir sin la esperanza de una *vida eterna*, de una vida plena; porque tiene en su corazón ese anhelo y lo tiene no como un engaño sino como un recuerdo y un impulso. No es, por eso, extraño, que el culto tenga, en su misma etimología, una conexión con la *cultura*, que es el desarrollo de nuestra relación con el mundo y con los demás.

### 2. ¿Podemos celebrar la victoria sobre la enfermedad y la muerte?

Hay en la liturgia un matiz de libertad frente a la posible rutina creada por el trabajo del día a día, sobre todo del trabajo que no acaba de tener sentido porque no lo tiene si se le busca sólo como fin. Todos se alegran en la fiesta litúrgica porque ahí se enraíza y crece la comunión profunda entre las personas (5), mediante una celebración donde cada uno tiene un papel fuera del papel que ordinariamente tiene en la sociedad. Así se entiende que el mundo del trabajo, si se le priva de la fiesta, no pasa de ser el mundo de las apariencias. Por eso los cristianos mantenemos y defendemos que el domingo debe, si no hay una razón grave para lo contrario, dedicarse al descanso, al ocio que se centra en la fiesta.

## MEDICINA Y PERSONA

En todas las culturas se ha creído siempre que *la fiesta supone una cierta autorización* que no pueden darse a sí mismos los que celebran. Para hacer una fiesta debe tenerse una razón objetiva que sobrepasa los deseos personales (6). Ya se ha dicho: sólo puedo representar y celebrar la libertad si verdaderamente *soy* libre, de lo contrario la pretendida libertad se transforma en un autoengaño. Esto también quiere decir: sólo puedo representar y celebrar la alegría, si el mundo y el ser humano me dan motivos para alegrarme.

Si estos motivos se dejan aparte, la fiesta se convierte en *maskarada* (representación artificial donde cada uno se esconde tras de una máscara, y piensa así divertirse porque dice o hace cosas que no diría ni haría si se mostrase como quien es). No es casualidad que cuando se intenta liberarse de la opresión de las obligaciones cotidianas en una comunidad de personas a base de sucedáneos de la libertad, como son las drogas (que nos hacen "viajar" a un mundo de libertad y belleza irreales), la fiesta se convierte en *bacanal* (ritual pagano dirigido a la exaltación de los instintos).

En el fondo de esta actitud de alienación está la huida de las preguntas sobre el dolor y la muerte. En muchas de las fiestas actuales se busca el calor de la comunidad, pero a veces no se encuentra otra cosa que el olvidarse por un rato de lo que es nuestra vida y de lo que debería ser para que pudiéramos celebrar-la juntos. Pero ¿es eso una fiesta?

Diciéndolo en positivo: *la fiesta celebra la libertad y presupone la autorización para la alegría*, una autorización que se da si hay una respuesta para la muerte. Esto es común a todas las religiones.

### 3. Salud y salvación

La respuesta cristiana a todo ello está en *la celebración de la Eucaristía*. La Eucaristía celebra sobre todo la resurrección de Cristo. Antes que comida, la Eucaristía lleva consigo la muerte de Cristo en la cruz. Lleva consigo la realidad de que Cristo murió rezando, hablando con su Padre: en la cruz demostró que su amor por su Padre era mayor que la posibilidad de un triunfo político. Y su sí al Padre trajo como consecuencia lógica la resurrección.

La liturgia, especialmente la Eucaristía, y especialmente la *Misa del domingo* (7) (así comenzó a celebrarse la Eucaristía) nos introduce en la comunión más profunda de la Familia de Dios que es la Iglesia, a la que pertenecemos por el bautismo. Nos hace crecer como miembros de un Cuerpo misterioso pero real:

el Cuerpo de Cristo, en el que el cristiano confiesa haber triunfado sobre la muerte. El triunfo de Cristo en la cruz, por la fuerza del Espíritu Santo, es la "autorización para la alegría" en esta fiesta.

La liturgia cristiana, con sus gestos (arrodillarse, hacer la señal de la cruz... etc.), sus cantos y sus silencios, es la respuesta al individualismo pesimista de quienes no serían capaces de captar que hay una posibilidad de solidaridad profunda entre los hombres, porque Dios existe, ha intervenido en la historia, tiene *una oferta de salud definitiva* (de salvación) para nosotros. Los cristianos proclamamos que podemos vencer al tiempo, conseguir una vida que no acabe, una vida, ya ahora, de plena calidad, *una vida de riqueza y colorido*. Podemos vencer al tiempo por medio del perdón y el agradecimiento, que recibe el tiempo como un don y lo transforma en gratitud (8).

Respecto a esta realidad -y aquí viene la "tesis" que querría sostener en estas páginas- *el acto médico se comporta como un símbolo de todo aquello que Dios ha realizado por el hombre desde el principio de la historia*. La teología habla de una Historia de salvación o de una "historia de salud". Los frutos de la redención (especialmente los sacramentos) se llaman frutos "salutíferos" porque conceden la salud. Esto sucede no sólo, si conviene a los ojos de Dios, con la Unción de los enfermos, sino con todo lo que de Dios recibimos en la vida cristiana, que no por azar se llama vida.

La liturgia, que se centra en la Eucaristía, y sobre todo en la Eucaristía del domingo, con su sobriedad y belleza, nos habla de la vida humana y de la vida cristiana, que la incluye, la sana y la eleva a un nivel de calidad mayor. Nos habla en el contexto de la belleza de todas las cosas creadas, del hombre hecho a imagen de Dios, y de Cristo que asumió todo lo terreno por nosotros y por nuestra salud eterna, nuestra salvación. La tierra y el trabajo de desarrollarla, asumidos por Cristo en su misma carne, están representados ahí por el pan y por el vino. En la Misa, renovación de la victoria de Cristo en la Cruz, Cristo se hace verdaderamente presente también como Médico, para que cada uno de nosotros, con todo lo que hacemos y amamos, podamos introducirnos en la única vida que no tiene límites, la vida divina.

### 4. Eucaristía y búsqueda de sentido

Por eso en la Misa del domingo aprendemos a descubrir la belleza del trabajo que nos hace mejores, y despliega el proyecto de la vida como algo más bello,

más bueno y más verdadero. "La belleza sirve para entusiasmar en el trabajo, el trabajo para resurgir" (9). *Un trabajo vivido en unión a Cristo* y con el Espíritu de Cristo, se convierte en algo así como un "sacramento" (un signo e instrumento) del amor. Esto es lo que Josemaría Escrivá llamaba un "trabajo santificado", hecho santo, y capaz de santificar al que lo realiza y a los que lo contemplan.

Lógicamente, no se trata de decir que la única fiesta es la Misa. Pero es cierto que el núcleo (aunque sea implícito) de toda fiesta es la fiesta religiosa. Y que toda fiesta ha de mantener, en su organización y desarrollo, las dimensiones que unen a la persona con Dios.

Volviendo a los motivos para la fiesta, y hablando radicalmente, sólo si tiene una respuesta ante la muerte el hombre tiene de qué reírse, tiene una "autorización" para la alegría. Para el cristiano, la Eucaristía es la respuesta para la muerte y la soledad eterna, porque es el encuentro con el amor que ha vencido a la muerte. Y el mismo Cristo que se hace presente en la Eucaristía para que le adoremos y nos alimentemos de él, es el que asumió un trabajo común y corriente entre los hombres.

Por eso el domingo cristiano es el *día del descanso* (como estaba ya prefigurado en el Génesis: el "séptimo día" en que Dios "descansó", para enseñarnos que el trabajo sólo encuentra su sentido más allá de sí mismo). *Es el día de Cristo resucitado por la fuerza del Espíritu Santo*. Es el "octavo" día, en que se representa el comienzo de una nueva creación, el mundo transformado en comunión -"la Iglesia, reconciliación del mundo", según San Agustín!- por obra de los cristianos, que aman y trabajan codo a codo con todos los hombres y mujeres.

En la Eucaristía del domingo se manifiesta especialmente que "el trabajo nace del amor, manifiesta el

amor, se ordena al amor" (10). En ese día los cristianos manifestamos nuestra alegría y nuestra esperanza en una solidaridad universal construida en los detalles pequeños de servicio que el trabajo de cada día trae. El domingo es, por tanto, la fiesta primordial que proporciona suelo y horizonte a nuestros pasos.

Si alguien pregunta a un cristiano por qué va a Misa los domingos, debería poder responderle: "Voy porque sin ella no encuentro un sentido a mi vida". Esto no quiere decir que no se pueda participar de la Eucaristía otros días, sino que el domingo *es el día que da sentido a los días*, al trabajo y al tiempo, orientándolo a la venida definitiva de Cristo, que traerá un mundo nuevo y una tierra nueva.

La cultura actual, que tanto se fija en el descanso y la diversión, a menudo vive superficialmente ese mismo descanso que pregona, y a veces queda seducida por formas de diversión discutibles. El cristiano maduro, ante esa cultura, debe profundizar en el sentido del descanso dominical (descanso para dedicar un tiempo "gratis" a Dios y a los demás: a la familia, a los enfermos, a los pobres, a los niños, etc), unido esencialmente a la celebración de su "pertenencia" al Pueblo de Dios, a la familia de Dios Padre.

Releyendo estas páginas el cristiano que quiere ser maduro se verá invitado a profundizar en los valores humanos y trascendentes del domingo. Ha de agradecer que la Iglesia -su madre- le recuerde *la importancia de la Misa del domingo*, como algo que para muchos es "la unidad de cuidados intensivos", lo imprescindible para seguir adelante con esperanza y alegría. No debe sorprenderse ni enrabietarse como un niño loco, cuando la Iglesia le ruega y casi le implora, para que no deje -salvo casos de imposibilidad- de participar en lo más necesario, en lo más grande, en aquello que da sentido a su vida.

BIBLIOGRAFÍA

1. Cfr. J. Pieper, *El ocio y la vida intelectual*, Madrid 1962, p. 50

2. Aristóteles, *Política*, 8, 3; cfr. Pieper, o. c. pp. 65 s.

3. Cfr. J. Pieper, *Una teoría de la fiesta*, Madrid 1974

4. J. Pieper, *El ocio y la vida intelectual*, Madrid 1962, p. 73

5. La fiesta comparte elementos con la obra de arte: costumbres, usos, silencios; actividad, contemplación y participación; sorpresa, admiración, duración. Llega a ser así la "forma completa de la comunidad" (cfr. H. Gadamer, *La actualidad de lo bello*, Barcelona 1991, pp. 99-105, 118-124)

6. Cfr. J. Ratzinger, *La fiesta de la fe*, Bilbao 1999, pp. 85 ss

7. Juan Pablo II, *Enc. Dies Domini* (1998)

8. Cfr. J. Ratzinger, o. c. p. 174

9. C. Norwid, poeta polaco citado por Juan Pablo II, *Carta a los artistas*, n. 3

10. J. Escrivá, *Es Cristo que pasa*, n. 48